

HUGH THOMAS

EL SEÑOR DEL MUNDO

Felipe II y su imperio

Traducción de
Carmen Martínez Gimeno

Prefacio

No puedo por menos que elogiar aquí la virtud paciente de los españoles. Rara vez o nunca encontramos una nación que haya soportado tantas desventuras y sufrimientos como lo han hecho los españoles durante el descubrimiento de las Indias. No obstante, perseverando en sus empresas con tesón imbatible, han anexionado a su reino tantas provincias extraordinarias como para sepultar el recuerdo de todos los peligros pasados. Tempestades y naufragios, hambrunas, derrotas, motines, calor y frío, peste y toda clase de enfermedades, tanto antiguas como nuevas, junto con una pobreza extrema y carencia de todas las cosas necesarias, han sido los enemigos con los que, en un momento u otro, se han encontrado en cada uno de sus más nobles descubrimientos. Muchos años han pasado sobre las cabezas de algunos conquistadores mientras recorrían no muchas leguas; y más de uno ha gastado sus esfuerzos, sus bienes y su vida en la búsqueda de un reino dorado sin obtener de él más noticia que lo que ya sabían cuando partieron. A pesar de todo ello, no se descorazonaron el tercero, el cuarto ni el quinto que lo intentaron. Sin duda, han obtenido una digna recompensa con los tesoros y paraísos que hoy disfrutan, y bien merecen conservarlos en paz, si no estorban la misma virtud en otros, que quizá no se volverá a encontrar.

SIR WALTER RALEIGH,
The History of the World, 1786

Con este volumen completo la trilogía sobre el Imperio español que se inició en el año 2003 con *El Imperio español: de Colón a Magallanes* y continuó en 2010 con *El Imperio español de Carlos V*. El libro presente continúa la historia hasta 1600 o, más en concreto, hasta 1598, año de la muerte del longevo rey español Felipe II,¹ cuando los colonos, clérigos, marineros, soldados y funcionarios de la corona hacían cuanto podían por controlar y administrar el vasto imperio político y ya no se dedicaban a expandirlo. Esta vasta empresa se prolongaría casi trescientos años más en el caso de Cuba, Puerto Rico y las Islas Filipinas, e incluso mucho más en algunos otros lugares, pero por lo general en 1600 los hombres del imperio ya habían pasado de ser conquistadores a guardianes.

Este libro contiene tres tipos de capítulos. De un lado, los que tratan de la vida en alguno de los territorios conquistados y los de aventuras donde expongo nuevas conquistas; estos se combinan en algunas ocasiones como, por ejemplo, en el capítulo 10 dedicado a Chile. De otro, aquellos en los que hablo de las disposiciones tomadas en la madre patria, España, para la administración de los nuevos territorios imperiales.

Los libros desempeñan un papel importante en este relato, como ya señaló Irving A. Leonard en su admirable estudio *Los libros del conquistador*, publicado por primera vez en 1949. El número de personas que, inspiradas por las novelas de caballerías, viajaron al Nuevo Mundo en busca de fortuna es considerable. Antonio Pigafetta, el cronista italiano del viaje de Magallanes alrededor del mundo, declaró:

En el año de 1519 me hallaba en España en la corte de Carlos V, Rey de romanos, en compañía de Monseñor Chericato [...]. Ahora bien, como por los libros que había leído y por las conversaciones que había sostenido con los sabios que frecuentaban la casa de este prelado, sabía que navegando en el Océano se observan cosas admirables, determiné de cerciorarme por mis propios ojos de la verdad de todo lo que se contaba.²

Las reflexiones de Felipe von Hutten al respecto se han citado en el segundo volumen de esta trilogía, *El Imperio español de*

Carlos V: «Me pareció que no hubiera podido morir tranquilo si no hubiese visto las Indias». ³ Bernal Díaz del Castillo aseveró que la visión en la distancia de México-Tenochtitlán le trajo a la memoria lo que recordaba de la novela *Amadís de Gaula*, lo que resulta sin duda extraño porque no he logrado encontrar escenas de grandes ciudades en esa novela. Viene a cuento recordar que Díaz del Castillo debió de conocer al autor o adaptador del *Amadís*, Garcí Rodríguez de Montalvo, puesto que los dos provenían de la misma ciudad, Medina del Campo, y sus casas distaban escasos metros una de otra. Rodríguez de Montalvo fue regidor de la ciudad, al igual que el padre de Díaz del Castillo.

Precisa o no, la famosa crónica de Díaz del Castillo, al igual que el *Amadís* de Rodríguez de Montalvo, fueron obras características de la época y no se habrían concebido cien años antes, pues en el siglo xvi hubo una asombrosa innovación de la que fluyeron en su mayoría las restantes cosas: la imprenta y la posibilidad de difundir ampliamente textos y grabados. Como consecuencia, la lectura dejó de ser privilegio de una élite capaz de adquirir ejemplares manuscritos para convertirse en algo que todos podían permitirse. El efecto fue muy semejante al que tuvo la radio en el siglo xx en la expansión del gusto por la música. La nueva era comenzó con novelas tales como *Tirant lo Blanch*, publicada en 1490 en Valencia, y *Amadís de Gaula*, cuya primera impresión conocida fue la de Zaragoza en 1508, aunque pudo haber sido publicada antes. Con estas obras, un amplio público cayó en la cuenta de que un libro podía servir también de entretenimiento. ⁴

No fue solo en el Nuevo Mundo donde las novelas de caballerías influyeron en la conducta. Fernando de Ávalos, marqués de Pescara y esposo de Vittoria Colonna, amiga de Miguel Ángel, leyó muchas novelas de caballerías en su juventud antes de iniciar su valerosa carrera. ⁵ San Ignacio de Loyola, fundador de la orden jesuita, solía leer esos «tratados vanos» para aliviar el aburrimiento mientras se recuperaba de la rotura de una pierna durante el sitio de Pamplona. ⁶ Asimismo, santa Teresa de Ávila describe su gusto por ellas:

comencé a quedarme en costumbre de leerlos [los libros de caballerías]; y aquella pequeña falta me comenzó a enfriar los deseos, y comenzar a faltar en lo demás. Parecíame no era malo gastar muchas horas del día y de la noche, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parecía tenía contento.⁷

Sin duda, estas lecturas influyeron tanto en su propia vida como en su obra *Moradas del castillo interior*. Irving Leonard recuerda también a un sacerdote que no solo conocía las hazañas de Amadís y otros héroes, sino que creía que eran ciertas pues las había visto en letra impresa.⁸

En cierta medida, la conquista de las Américas fue la última cruzada. Desde luego, el papel de la Iglesia católica en el desarrollo del gran drama fue tan grande como el que había desempeñado en las aventuras anteriores de la cristiandad que recibieron ese nombre.

Deseo dar las gracias por su ayuda a las siguientes personas: Stuart Proffitt, de Penguin Books, y a su ayudante, Shan Vahidy; Andrew Wylie, Sarah Chalfant y demás personal de Wylie Inc; Ana Bustelo, de Planeta; Gloria Gutiérrez y Carmen Balcells, de la Agencia Carmen Balcells; los editores de Mondadori, Italia; Guillaume Villeneuve, mi excelente traductor al francés; Agnes Hirz y Jean-Louis Barré, de Robert Laffont Inc. Asimismo, agradezco su hospitalidad o la respuesta a mis consultas a John y Suki Hemming; sir John Elliott; Damián y Paloma Fraser, de México; Carlos Fuentes, ya fallecido; Marita Martínez del Río de Redo; el ingeniero Enrique Krauze; el doctor Kwasi Kwarteng, parlamentario *tory*; la profesora Enriqueta Vilar Vila; el doctor Juan Gil y la profesora Consuelo Varela; el duque y la duquesa de Segorbe; Gerarda de Orleans; Rafael Atienza, marqués de Salvatierra; Soledad Becerril; el marqués de Tamarón; Gonzalo Anes, marqués de Castrillón y director de la Real Academia de la Historia; Vicente Lleó; Rafael Manzana; mis ayudantes: primero, Teresa Velasco; después, Cecilia Calamante —quien se ocupó de

la mayor parte de este libro y a la que siempre estaré agradecido por su cuidado y meticulado trabajo—; y por último, Carlota Sanches. Teresa Alzugaray me ha ayudado, como en el pasado, con la caligrafía española del siglo xvi.

Quiero expresar mi gratitud a los autores de varias obras importantes por la ayuda que me han proporcionado. Sobre el rey Felipe he utilizado importantes biografías: la de Manuel Fernández Álvarez, ya fallecido (*Felipe II y su tiempo*, Madrid, 1998); la iluminadora de Geoffrey Parker (*Felipe II*, Barcelona, 2010) y la incomparable de Henry Kamen (*Felipe de España*, Madrid, 1977). Todas ellas me han sido de enorme utilidad en el Libro I. También tuve el placer de conocer, en sus últimos años de vida, a Orestes Ferrara, quien escribió una destacada biografía en la década de 1940 mientras estaba exiliado de Cuba.

Doy además las gracias a mi esposa Vanessa por su ayuda y paciencia en la lectura de una primera versión del texto, así como a mis hijos Íñigo, Isambard e Isabella, al doctor Gregorius Varouxakis y a Alexander Varouxakis.

HUGH THOMAS

INTRODUCCIÓN

Un viaje a París

La reina mandó decir al rey que le suplicaba que no justase más, que se había lucido de tal modo que debía estar satisfecho y que ella le rogaba que volviera a su lado.

MADAME DE LA FAYETTE,
La Princesa de Clèves, 1689

La historia moderna comienza con un tratado de paz firmado en 1559 entre Francia, por una parte, y España y el Sacro Imperio Romano, por la otra. El pacto se cerró a la sombra de las dos victorias militares logradas por estos últimos, dos aliados que llegaron juntos al nordeste de Francia, en las batallas de San Quintín y Gravelinas. La falta de recursos financieros para proseguir la guerra obligó a Francia a buscar un acuerdo. Fueron victorias de un Estado-nación contra otro en los primeros días de la historia de esas intrincadas empresas políticas a las que, por desgracia, hemos acabado acostumbrándonos desde entonces.

Las negociaciones para el tratado se entablaron en 1558 en un palacio episcopal de Cambrai y se completaron en la cercana ciudad de Le Cateau-Cambrésis. Durante mucho tiempo ambos lugares habían pertenecido al condado flamenco de Hainault y eran parte de las posesiones de los duques de Borgoña. Cambrai había sido en 1530 la sede de un tratado de paz anterior, la denominada Paz de las Damas, y desde hacía varias generaciones era conocida por las finas telas blancas de lino, llamadas cambray o

batista, que se producían en ella. Francia también era un hervidero de protestantismo radical, lo que constituyó una razón más para que el rey deseara alcanzar la paz con España.

En Cambrai, en 1558, se habían reunido los prohombres de todos los países implicados, que eran los principales de Europa. Por España acudió el ilustre tercer duque de Alba, aristócrata, reputado comandante militar, cortesano y diplomático. También acudió el principal secretario del rey, Ruy Gómez, que había llegado a la corte española acompañando desde Portugal a la que sería madre del monarca cuando esta se convirtió en reina y emperatriz, y quien recientemente había recibido el título napolitano de príncipe de Éboli. Otros destacados miembros de la muy internacional delegación española fueron el obispo de Arras, futuro cardenal Granvela; un erudito abogado, Virgilius van Aytta de Zwichen,¹ que había presidido el Consejo Privado de los Países Bajos; y Guillermo, príncipe de Orange, un noble holandés rico y joven que por entonces galanteaba con una muchacha flamenca, Eva Elincx, lo que llevó a concluir al austero duque de Alba que era hombre de poca monta. El conde de Egmont, otro de los delegados imperiales, era un personaje interesante. Provenía de una antigua familia de Hainault que había cumplido un papel en los años dorados del afianzamiento de Borgoña a lo largo del siglo xv. Se había casado con una hermana del elector palatino del Rin y en 1541 había tomado parte en la desastrosa expedición de Carlos V a Argel. Caballero del Toisón de Oro desde 1546, era de natural bondadoso, encantador, de trato fácil y un buen comandante de caballería, pero además era insensato e inmoderado. Fue él quien capitaneó a la caballería alemana o borgoñona, la Schwartzreitern, que había obtenido una rotunda victoria para España en las dos batallas de San Quintín y Gravelinas.

Encabezaban la delegación francesa el condestable del país, el conciliador Anne de Montmorency, y el belicoso e inteligente cardenal de Lorena, hermano del duque de Guisa, soldado capaz que había recuperado recientemente Calais de manos inglesas. Estas eminencias principescas contaban con el apoyo de Jean de Morvilliers y Claude de L'Aubespine, hombres de letras que actuaban como secretarios.³ De Montmorency, el embajador vene-

ciano Marin de Cavalli escribió al dogo: «Con la paz, el condestable es el primer hombre de Francia; con la guerra, no es más que un prisionero, privado de toda grandeza».

Estas delegaciones incluían a los hombres más capaces de Europa. El duque de Alba, por ejemplo, era el general que había ganado para el emperador Carlos V la famosa batalla de Mühlberg, en la que el inmortal Tiziano retrató al emperador tan magníficamente.⁴ Era el cortesano más fiable y temido del rey Felipe e hizo causa común con Montmorency en la diplomacia.⁵ En las negociaciones, que culminaron con las firmas el 2 y 3 de abril de 1559, estaban en juego territorios y fronteras, incluida la mayor parte de Italia. También pequeñas plazas fuertes conocidas como presidios entre las que se encontraban Talamona, Orbetello, Porto Ercore y Santo Stefano, cuya misión era posibilitar que España interrumpiera a voluntad el comercio entre Génova y Nápoles.⁶ Asimismo se pusieron sobre la mesa matrimonios y herencias. ¿Se casaría Isabel, la nueva reina de Inglaterra, con el viudo rey Felipe? ¿Y qué sería de la hermosa pero jovencísima hija del rey de Francia, también llamada Isabel? ¿Se casaría acaso con el heredero del trono español, don Carlos, o preferiría a su padre, Felipe? El duque de Alba escribió una carta desde Le Quesnoy, plaza fuerte entre Cambrai y París, en la que declaraba que no parecía acertado que su rey no se hubiera casado de nuevo cuando solo tenía un hijo.⁷ Mientras tanto, el futuro de Calais se determinó de un modo curioso. Si la reina de Inglaterra se casaba y tenía un hijo, y si este se casaba a su vez con una hija del rey de Francia o incluso con una hija del delfín, ese hijo recibiría Calais. Pero si esa solución no agradaba a la reina Isabel, recuperaría la ciudad en el plazo de ocho años. Como garantía de las dotes, se pagarían 500.000 coronas en Venecia.⁸

Los italianos aceptaron lo que Stendhal, varios cientos de años más tarde, llamaría «despotismo español»⁹ porque ambos necesitaban protección contra los turcos y codiciaban la plata americana.¹⁰ Pero Francia también retuvo algunas posiciones en Italia, cinco en el Piamonte, incluidas Turín, Pinerolo y Savignano, así como el marquesado de Saluzzo. Pero estas plazas no eran nada en comparación con las partes de Córcega y Siena que fue-

ron entregadas al dogo de Génova y al gran duque de Toscana, ambos casi vasallos españoles.

El duque de Alba, Ruy Gómez, el príncipe de Orange y el conde de Egmont viajaron de Cambrai a la capital francesa. Antes de eso, habían asistido a una reunión en Bruselas del capítulo del Toisón de Oro, la orden de caballería fundada por Felipe el Bueno en Borgoña y que sus descendientes mantenían como misión suprema. Resultó que el duque de Alba tenía un nuevo papel que cumplir en París: iba a representar al rey Felipe en su enlace por poderes con la princesa francesa Isabel. La boda se dispuso para el 22 de junio y se celebró en una plataforma montada ante la fachada occidental de la catedral de Notre Dame. El duque de Alba iba ataviado con traje dorado y tocado con una corona imperial; la que iba a ser la nueva reina lucía un traje de tejido de oro recubierto de abundante pedrería. Acabada la ceremonia, Ruy Gómez se adelantó para poner en el dedo de la que ya era reina de España una sortija adornada con un precioso diamante, que fue el primer regalo de Felipe a su tercera esposa. De inmediato, el duque de Alba se dirigió al dormitorio de Isabel, colocó un brazo y luego una pierna sobre la cama para tomar posesión del tálamo nupcial en representación de su señor y a continuación se marchó. Más tarde se celebró una segunda boda entre Margarita, hermana del rey Enrique, y el duque de Saboya, Emmanuel Filiberto, quien, a diferencia de Felipe, sí estaba presente. Vinieron después los festejos y torneos. Hubo también una cacería en Chantilly, donde el rey francés contó al príncipe de Orange que el duque de Alba quería exterminar la herejía con un ejército conjunto español y francés, comenzando en ese lugar «pestilente» que eran los Países Bajos. No había acertado al elegir confidente, pues el taciturno príncipe de Orange quedó horrorizado.¹¹

Se dispuso una justa especial en la Rue Saint-Antoine, la famosa arteria de París que va del Louvre a la Bastilla, un camino del palacio a la prisión recorrido a menudo en el pasado por las personas más inesperadas e incluso por los más nobles aristócratas. Enrique II de Francia destacó en los torneos.¹² La calle se había dejado sin pavimentar a propósito para la gran ocasión. Ricas colgaduras que lucían las armas de España, Francia y Saboya cu-

brían los balcones cercanos y se colocaron estatuas que simbolizaban los beneficios de la paz entre las columnas de los palacios. Dos días de justas resultaron excelentes. El 30 de junio, el rey, luciendo los colores negro y blanco de su *maîtresse en titre*, Diana de Poitiers, y montando un caballo llamado Malheureux, obtuvo varios triunfos. La reina que, a pesar de la exhibición de los colores de su rival, estaba observando la liza, pidió a Enrique que cesara el combate debido al calor, pero él insistió en continuar con los tres desafíos previstos en las reglas. Se enfrentó con éxito a los duques de Saboya y de Guisa, pero luego aceptó el reto de un joven hugonote, Gabriel, conde de Montgomery y señor de Lorges, capitán de la guardia escocesa del rey.¹³ El primer choque fue dudoso y quizá la justa debería haber terminado ahí. Pero Enrique se negó a alzar su lanza, exclamando: «Quiero mi venganza», pues Montgomery había estado a punto de desmontarlo. Cargó contra el conde en un choque tan violento que ambas lanzas de madera se quebraron y los dos contendientes cayeron al suelo. Montgomery volvió a montar, pero Enrique permaneció tendido, inconsciente y sangrando. Una astilla de madera de diez centímetros sobresalía de la visera real. Montgomery rogó que lo castigaran por su aparente crimen, pero el rey, que pareció recuperarse, lo perdonó. Llevaron a Enrique al enorme e intrincado palacio real que estaba cerca, la Maison Royale des Tourneilles, así llamado por sus muchas torrecillas y construido a finales del siglo XIV por el canciller Pierre d'Orgemont; allí fue atendido por el gran cirujano belga Ambroise Paré y el anatomista André Vesalio, que había sido médico del emperador Carlos y del rey Felipe de España.¹⁴ El hecho de que pudiera contar con esos grandes hombres asociados con dos monarcas rivales significaba sin duda que Europa estaba realmente en paz. Sin embargo, aunque Enrique pareció recobrase tras recibir sus cuidados, murió días después, el 10 de julio.¹⁵ Estaba en la plenitud de la vida, pues no contaba más que cuarenta y un años, y dejó cuatro hijos pequeños, ninguno de los cuales estaba preparado para gobernar un reino. Por tanto, el poder de Francia pasó a su doliente viuda, la perspicaz Catalina de Médici, bisnieta de Lorenzo el Magnífico, quien mantuvo su reinado durante casi treinta años. Uno de sus

primeros actos como regente fue la demolición del palacio donde el rey había muerto. Ella se mudó al Louvre, donde vivió desde entonces.¹⁶ En el solar de la Maison Royale des Tournelles se establecería primero un mercado de caballos y después, desde abril de 1612, la plaza real conocida ahora como la Place des Vosges. Victor Hugo diría que el mundo debía esa atractiva plaza donde él mismo vivió a la lanza de Montgomery.

El duque de Alba escribió al rey Felipe para referirle lo sucedido al día siguiente.¹⁷ El difunto soberano de Francia había admirado a Felipe y así se lo expresó a sus cortesanos, a pesar de la guerra. El matrimonio de la joven Isabel —que sería conocida como «la reina de la paz» en España— era un triunfo para Francia porque impedía una boda del monarca español con la nueva reina de Inglaterra, Isabel, tal como Felipe había propuesto (oferta que fue rechazada en octubre de 1558).¹⁸

Un mes antes, el duque de Alba había escrito:

Andan [los franceses] con grande estudio de mostrar a v. m. grande amistad en todas las pláticas de todas las cosas que el rey y la reyna tienen conmigo [...] todos los que están cerca del no hablan tres palabras que las dos no sean del amor y la amistad que el Rey tiene a v. m. y lo que le ha de ayudar en todas sus cosas. Esto todo puede ser verdad como la razón lo querría, también podría ser ofreciéndose ellos a las empresas de v. m., querelle tener obligado para que no estorve las suyas.¹⁹

El rey Felipe ya había vuelto a su reino en agosto de 1559.²⁰ A partir de entonces permaneció en España el resto de su larga existencia, viviendo sobre todo en el monasterio palacio que haría construir en un pueblo de la sierra de Guadarrama, El Escorial, en 1558 (en realidad no se mudó allí hasta 1571), para celebrar sus victorias sobre Francia, que le llevaron a creerse el «gendarme de Europa» y a comportarse como tal.²¹ Este papel parecía garantizarlo un ejército de 50.000 o 60.000 soldados.²² Pero ya era también el gendarme de las Américas. Por ello, el embajador veneciano Tiépolo se refería a él como «el árbitro del mundo».²³

Felipe, por la gracia de Dios

Nos, don Felipe, por la gracia de Dios rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, de las islas Canarias, Indias, islas y Tierra Firme del mar Océano, archiduque de Austria, duque de Borgoña, Brabante y de Milán, conde de Barcelona, Flandes y de Tirol, señor de Vizcaya y de Molina, duque de Atenas y Neopatria, conde de Rosellón y de Cerdeña, marqués de Oristán y de Gociano...

Comienzo de la aceptación por parte del
monarca de la dedicatoria del poema
La Araucana de Alonso de Ercilla, 1569

La primera preocupación que hubo de afrontar Felipe II a su regreso a España en 1559 fue la aparente crisis religiosa causada por el descubrimiento de protestantes en Sevilla y Toledo, así como los autos de fe en Sevilla y Valladolid que siguieron, consistentes en ejecuciones públicas en la hoguera tras una prolongada investigación y juicio. La Reforma y la Contrarreforma fueron asuntos en pugna constante durante su largo reinado. También tuvo que organizar unos esponsales reales con Isabel de Valois.¹

La nueva reina llegó a Pamplona (Navarra) en diciembre

de 1559. El matrimonio se celebró en enero de 1560 en Guadalajara, ciudad situada a 58 kilómetros al noreste de Madrid y residencia de la gran familia Mendoza. La nueva reina solo contaba trece años y tenía la tez morena, sin duda herencia de sus antepasados italianos Médici. Era vivaz y atractiva, pero no bella en el sentido estricto de la palabra, según la opinión del embajador veneciano.² Ambas partes parecieron complacidas, aun cuando Felipe era veinte años mayor que su nueva esposa y ya había envidado dos veces. La joven reina escribió a su madre, Catalina, palabras amables sobre él. Bailes, cacerías, justas y corridas de toros señalaron la ocasión. Los recién casados reyes viajaron a Toledo para el carnaval de 1560 y se alojaron en el Alcázar, donde hubo más celebraciones. También visitaron Aranjuez, posesión real al sur de Madrid, donde Felipe pondría en marcha planes para la reconstrucción de los jardines.³ El monarca abandonó entonces a su amante, Eufrosia de Guzmán, quien estaba embarazada, tal vez de él, y se casó de inmediato con el oportuno napolitano Antonio de León, tercer príncipe de Ascoli. Su hija vivió tranquila y feliz.⁴

En 1559 Felipe tenía treinta y dos años, pues había nacido en Valladolid en la casa de Bernardino Pimentel, conde-duque de Benavente, en mayo de 1527. El palacio de Benavente se alzaba justo enfrente de la gran iglesia de San Pablo, que su padre Carlos y otros consideraban su catedral. Recibió en el bautismo el nombre de Felipe por su mujeriego abuelo Felipe de Habsburgo, el Hermoso, que había utilizado el título de Felipe I tras su matrimonio con Juana la Loca, reina de España. El duque de Alba, consejero del emperador Carlos sobre muchos asuntos, al igual que lo acabaría siendo también de Felipe, habría querido que el infante recibiera el nombre de su elogiado abuelo, Fernando el Católico, pero no lo consiguió.

La madre de Felipe fue la bella, resuelta y firme emperatriz Isabel, hija del rey Manuel el Afortunado de Portugal. Era prima de su esposo el emperador Carlos, pero siempre estuvo rodeada de amigos y cortesanos portugueses. Parece que no hay más que un retrato de ella, el pintado por Tiziano después de su muerte y que hoy se encuentra en el Museo del Prado. Sin duda, en él des-

taca el hermoso semblante de Isabel, como elogió con entusiasmo el propio emperador.⁵

Otra persona que ejerció una influencia importante sobre Felipe fue su aya Leonor de Mascarenhas, también portuguesa. Tanto su madre como su aya, junto con otros personajes de origen portugués, tuvieron un efecto decisivo sobre la personalidad del monarca: lo hicieron reacio a la guerra, por ejemplo. Sin embargo, su guía en política fue un noble español, Pedro González de Mendoza,⁶ uno de los trece hijos del cuarto duque del Infantado, a quien a menudo se consideraba con acierto padre de la aristocracia española. Más adelante fue sustituido por otro aristócrata, Juan de Zúñiga, quien transmitió a Felipe su pasión por la caza. Zúñiga, nacido en 1488, era hijo de Pedro de Zúñiga y Velasco, conde de Miranda. Pertenecía, por tanto, a una gran familia de Extremadura, conocida en otro tiempo como Stúñiga. Era primo hermano de Juana, la segunda esposa del conquistador Hernando Cortés,⁷ y en su juventud había sido amigo del rey Felipe I, cuya vida disoluta había amparado. Vivió en Flandes de 1506 a 1517 y ocupó un puesto menor en la casa real. En 1511 pasó a ser camarlengo del joven Carlos V y luego su camarero. En 1520 ya era el consejero principal de Carlos y ayo del príncipe. Llegó a ser comendador de Castilla y tomó partido por Bartolomé de las Casas en su famosa disputa con el arzobispo Rodríguez de Fonseca en 1519 sobre el trato otorgado a los indios.⁸ Siempre contó con la confianza del emperador Carlos, quien lo mandó en 1522 a Portugal como embajador para que tratara de controlar a los dirigentes comuneros que habían tomado refugio en ese país.⁹ Así pues, se hallaba en Lisboa cuando le encargaron ocuparse de los detalles del enlace matrimonial entre Carlos e Isabel.

Más adelante, Zúñiga pareció mantener una gran amistad con el secretario real Francisco de los Cobos, pero en una instrucción secreta para Felipe, Carlos V sostuvo después que estaba celoso tanto de él como del duque de Alba. Carlos pensaba que Zúñiga estaba afligido porque disponía de muy pocas concesiones y que su esposa y sus muchos hijos lo agotaban. De todos modos, aceptaba que Felipe no podía «tener mejor ni más fiel concejero que don Joan».¹⁰ Cobos escribió:

Don Juan de Zúñiga trabaja mucho para sí, y no quiero decir a Vuestra Magestad Cesárea que contra mí, por no hacerme sospechoso en esta advertencia. Él quiere todo el mando sin miramiento de los servicios e fedelidad de los demás e pone en estas andanzas quanto puede para queel rey mi señor lo haga su único privado consejero, siendo así que su ambición es pública y nunca se hizo con ella nada bueno. La aspereza y el rigor con que crió a Su Magestad lo á trocado ya en dulzura y suavizamiento, todo nacido de lisonja para alcanzar el logro de tal afincamiento.¹¹

Sin embargo, el disoluto pero hábil cortesano Alonso Enríquez de Guzmán lo consideraba un amigo: «es mucho y verdaderamente honorable».¹²

Zúñiga se casó con Estefanía de Requesens, perteneciente a una familia de consejeros reales, pues era hija de Galcerán de Requesens, comandante de la flota española que había servido al Gran Capitán. Requesens también había sido bailío general del rey en Barcelona y después gobernador de Cataluña. Estefanía era como una segunda madre para Felipe, quien solía hospedarse en su casa cuando iba a Barcelona. Su hijo, Luis de Requesens, había sido compañero de juegos del rey en la infancia y lo acompañó a menudo a lo largo de su vida, sirviéndole como embajador en Roma durante la década de 1550 e incluso como gobernador general de los Países Bajos en la década de 1570. Aunque en su juventud recibió burlas en la corte por su acento catalán, fue el más leal de los súbditos del rey Felipe.

Desde abril de 1535, cuando solo había cumplido siete años, Felipe tuvo casa propia, independiente de la de la reina. Allí lo educaron. Un miembro de su casa tradujo para él el magnífico libro de Erasmo *Educación del príncipe cristiano*. Carlos V recibió durante mucho tiempo informes entusiastas de sus progresos. El adusto obispo Silíceo, Juan Martínez de Guijo, escribió en marzo de 1540 que Felipe había «mejorado mucho en hablar latín y no habla otra lengua durante la clase».¹³ Pero, a decir verdad, nunca habló latín mucho mejor de lo que su padre lo había hecho. Prestaba más atención a la música, como todos los Habsburgo, en especial a las canciones populares y a los bailes moriscos y france-

ses. Luis Narváez de Granada, que no tenía relación con Pánfilo, el gran conquistador con el que compartía apellido, pasó a ser su profesor de música y le enseñó a tocar la vihuela.¹⁴ A las hermanas de Felipe también les gustaba bailar y le enseñaron muchas melodías. Sin embargo, ya en 1540 Silíceo escribía que su mayor inclinación era la caza.

Este macilento enemigo de los judíos fue nombrado obispo de Cartagena poco después, pues el emperador Carlos pensó que consentía en exceso a Felipe. Juan Cristóbal Calvete de Estrella lo sucedió como nuevo maestro de latín, mientras que el polemista Ginés de Sepúlveda, enemigo de Bartolomé de las Casas, le enseñaría historia y geografía, una mezcla peligrosa puesta en las manos capaces pero prejuiciosas del fraile.¹⁵ Calvete, apenas cuatro años mayor que Felipe, le buscaba libros y en 1549 lo acompañó en su viaje a Italia, Alemania y los Países Bajos, y después a Inglaterra en 1554. Su relato de lo acontecido entre 1545 y 1549 compensa la pérdida de documentos del Consejo de Indias relativos a esos años, sobre todo aquellos relacionados con la rebelión de Gonzalo Pizarro. Calvete se convirtió más tarde en el primer biógrafo del triunfante virrey del Perú, Pedro de la Gasca.¹⁶

El aventurero Enríquez de Guzmán pensaba que, a los catorce años, Felipe era muy elegante en su gesto, tenía una disposición amable y un entendimiento muy despierto; era además devoto, honrado y ponderado, y sabía disponerlo todo en su justo lugar.¹⁷ Añadió que era de rostro hermoso, aunque bajo de estatura, instruido, afable y extremadamente grave, como un emperador o un hombre maduro.¹⁸

Tras la trágica muerte de la emperatriz Isabel en 1539 como consecuencia de un parto prematuro y la nueva marcha a Alemania de Carlos, Felipe volvió a quedar bajo el control de Zúñiga, que dirigía su casa como mayordomo mayor. En 1543 componían su servicio 110 personas, entre las que se incluían un sacerdote, un médico, porteros y caballerizos, así como once capellanes encabezados por Silíceo, que había regresado de Cartagena. Estaban además los ayudas de cámara y el personal de la cocina, donde jamás se preparaba pescado, sino siempre carne, pan, aves y huevos. También se servían lechuga y endivias, y fruta una vez

a la semana, naranjas en invierno y peras en verano. De cuando en cuando, al principio, había cerveza en la mesa, pero rara vez a partir de 1551, cuando comenzó a servirse generosamente vino (a menudo, cazalla, lo mismo que bebían los conquistadores). Felipe contaba incluso de niño con la asistencia de setenta pajes, todos hijos de la nobleza. Después su servidumbre ascendió a 1.500 funcionarios, controlados y elegidos en su mayoría por el duque de Alba como mayordomo. No hubo más empleados públicos en el imperio.

En 1543 Cobos escribió, en tono adulator, al emperador:

Lo primero, señor, el rey Philippo mi señor lo es ya tan grande que se ha adelantado su saber e su suficiencia a su hedad [tenía dieciséis años], pues lo que con ella parece imposible pudiera facer lo face con su entendimiento tan grande e con su alta comprehensión. Sus diversiones son un puro entregamiento perpetuo al trabajo e a los negocios importantes de su reyno. Siempre está pensando e discurrendo en las cosas de la buena guvernación e justicia sin dar entrada ni parcialidad al ocio ni a la lisonja ni a ningún vicio. Sus comunes tratos e conversaciones son siempre en estos negocios e con hombres maduros y de la primera nota [...].

En los casos más grandes, que tiene juntas y ventilaciones sobre ellos, oye los pareceres de cada uno con gran mesura e atención [...].

Enciérrase muchas veces conmigo por algunas horas para tratar negocios de Estado de mucha monta. Lo mismo hace después con el Presidente [Fernando de Valdés] para comunicar las de justicia e con el duque de Alba para hablar de las de guerra [...] e aseguro a vuestra majestad cesárea no solamente que no tengo que repudiar nada de lo que provee, sino que me admiran sus deliveranzas tan prudentes y calificadas.¹⁹

El admirable historiador francés Bartolomé Bennassar consideraba a Valdés, arzobispo de Sevilla, el prototipo de los inquisidores generales.²⁰ Era asturiano, nacido en el pueblecito de Salas, a 48 kilómetros al oeste de Oviedo. En 1524 comenzó a trabajar para la Inquisición. En 1539 asumió, como sucesor de Tavera, la presidencia del Consejo de Castilla. Sin embargo, aunque el em-

perador Carlos lo había nombrado, le dijo a Cobos que no era un hombre capaz y que era mejor usarlo en la cancillería que en el Consejo. De todos modos, Valdés no se detuvo y se convirtió en inquisidor general en 1554. Tal vez porque tenía buenas relaciones con Cobos, se lo consideró un posible regente para el reino cuando tanto Felipe como Carlos abandonaron el país en 1554. Valdés se mantuvo como inquisidor general hasta su muerte, siendo ya octogenario, en 1568. Para entonces ya había encontrado el discípulo ideal en Melchor Cano, un teólogo lleno de prejuicios.

Mucho antes de los triunfos de Valdés, Felipe había sufrido su primera tragedia personal. En el verano de 1546, su joven esposa y prima hermana, María Manuela, murió a los dieciocho años al dar a luz al príncipe don Carlos. Al igual que la madre de Felipe, había sido infanta de Portugal. Alonso de Ulloa dijo que falleció porque sus damas de compañía, María de Mendoza y la duquesa de Alba, habían acudido a un auto de fe, y sus sirvientes luteranos y portugueses le dieron a comer un limón con el que se asfixió. Sin embargo, lo más probable es que muriera de fiebres puerperales, derivadas de una infección en el útero, algo muy frecuente tras el parto en aquellos días. Se solía hacer referencia a ellas como «fiebres de sobreparto» o «yacer con fiebres».²¹

La segunda esposa de Felipe fue, por supuesto, María Tudor de Inglaterra, una novia muy deseada para su hijo por el emperador Carlos debido a motivos dinásticos. El hecho de que Felipe aceptara un emparejamiento tan poco prometedor demuestra la influencia paterna sobre él. María había puesto en claro que no deseaba ninguna intimidad con Felipe, aunque era once años mayor que él, quien ya debía de sentir la necesidad de engendrar más descendencia de su sangre para asegurar la sucesión en España. La unión estuvo lejos de ser beneficiosa para ninguna de las dos partes, pero Felipe fue proclamado rey de Inglaterra en su banquete de bodas en Edimburgo, un hecho que se suele olvidar en la monarquía inglesa.²²

Después de la muerte de María en 1558, posiblemente como consecuencia del crecimiento de un tumor maligno, parece ser que Felipe disfrutó de varios meses de agradable soledad. El em-

bajador veneciano Federico Baodero,²³ inestimable observador en España y otros lugares, recordó que el rey sufría entonces de problemas estomacales y que por esa razón, siguiendo el consejo de los médicos, había comenzado a hacer frecuentes excursiones, comía en abundancia dulces y pastas, y se abstenía de probar pescado, fruta y cosas similares porque tenían tendencia a crear malos humores.

Otro veneciano, Paolo Tiepolo, primo del pintor del mismo nombre, escribió que Felipe era corto de estatura, de rostro redondo y ojos muy azules (los «intolerantes ojos azules» de la descripción llena de prejuicios de Richard Ford), labios prominentes y «una piel sonrosada como de marinero inglés».²⁴ Sus costumbres, pensaba Baodero, eran de naturaleza tranquila. Pero se mostraba disoluto con las mujeres, le gustaba salir disfrazado por la noche (lo que constituía una ocupación frecuente de la nobleza en esa época) y disfrutar de toda clase de juegos; tendía más a la amabilidad que a la ira y mostraba una cortesía especial con los embajadores. Solía contar chascarrillos divertidos y también le gustaba escucharlos. Pero aunque se admitían las chanzas durante las comidas, entonces no se entregaba tanto a la risa como cuando se hallaba a sus anchas en sus aposentos. Prestaba gran atención a lo que se decía de él, pero no solía mirar a quienes le hablaban y mantenía los ojos bajos, alzándolos solo para observar de un lado a otro. Contestaba sucintamente a todas las preguntas que se le planteaban, pero sus esfuerzos no se dirigían tanto a aumentar sus posesiones mediante la guerra como a conservarlas por la paz. Baodero destacaba también que, a diferencia de su padre el emperador, quien gobernaba siguiendo por completo sus puntos de vista, Felipe se regía por el parecer de otros, aunque no sentía estima por más nación que España y, como afirmaba el diplomático veneciano, solo tenía trato con españoles.

A Felipe le gustaban la arquitectura y las flores, y mostró gran interés en la planificación o reconstrucción de sus palacios, sobre todo el monasterio de El Escorial, donde pronto pasaría mucho tiempo en habitaciones que evocaban el alojamiento de su padre en el monasterio de Yuste. Otro veneciano, Soranzo, escribió que a Felipe

[...] no le gustaban en absoluto las multitudes, era tranquilo y siempre sabía controlarse. [Aunque] no carecía de humor ni vivacidad, siempre hablaba en voz baja. Cuando alguien se dirigía a él, siempre le pedía que hablara primero y escuchaba hasta el final. Siempre estaba tranquilo y era cortés. Aunque, como a su padre, le gustaba vestir de negro, no era especialmente lúgubre en su atuendo. Le preocupaba, sin embargo, la necesidad de mantener la limpieza personal, por lo cual tenía un traje nuevo cada mes. Aborrecía la vanidad en todas las cosas.²⁵

El gran historiador del papado, Ludwig von Pastor, para quien ningún detalle era demasiado desdeñable y ninguna generalización demasiado burda, hizo de Felipe en esa época un juicio mucho más negativo: «en lugar de actuar, se dedicaba a pensar constantemente las cosas, tratando de ganar tiempo y posponiendo una decisión. Su absolutismo instintivo se mostraba en su manía de asumir la dirección personal del menor detalle de gobierno. Adusto, lacónico, inaccesible, la única decisión a la que llega el rey es permanecer para siempre indeciso».²⁶ Aunque ese juicio era injusto, Felipe se halló con frecuencia sumido en las dudas. Así, a comienzos de 1569 escribió una sombría carta al altivo cardenal navarro Diego de Espinosa,²⁷ que se había convertido en inquisidor general en 1568, además de ser presidente del Consejo Real:

Aunque entiendo yo que todo es así como aquí decís, y muy bien, son cosas estas que no pueden dexar de dar mucha pena y cansar mucho, y [...] que si no fuese por las [cosas] de Granada [la guerra contra los moriscos], y otras que no se puede dexar de acudir, no sé qué me haría. Y quizá no me pesa de la dilación de los negocios de Alemania porque cierto yo no estoy bueno para el mundo que agora corre, que conozco yo muy bien que avría menester otra condición no tan buena como Dios me la ha dado, que solo para mí es ruin. Y esto pagándomelo muy mal muchos; plega a Dios que allý se lo paguen mejor.²⁸

Felipe había viajado mucho en comparación con un estadista de cualquier época, pues había pasado catorce meses en Ingla-

terra, un año y tres meses en Alemania, dos años y cuatro meses en Portugal, así como cinco años en los Países Bajos y estancias bastante prolongadas en Italia y Francia. Es imposible pensar en otro monarca que gozara de esa experiencia, salvo su padre el emperador Carlos. No se me ocurre ningún jefe de Estado moderno que haya poseído un conocimiento tan amplio de la vida en otros países.

El embajador veneciano Baodero, a quien ya he citado, informaba de que Felipe se levantaba muy temprano y atendía los asuntos o la correspondencia hasta mediodía. Luego comía siempre a la misma hora y casi siempre el mismo tipo y la misma cantidad de alimentos. Bebía vino en vasos de tamaño medio que apuraba dos veces. En general, su salud era buena, pero a veces padecía un poco de gota. Esta enfermedad aumentaría mucho con el paso de los años y empeoraría su malestar.²⁹ Media hora después de la comida despachaba todas las peticiones y otros documentos que requerían su firma. Actuaba siguiendo el ejemplo de su madre la emperatriz y, tras la muerte de Isabel de Valois, su reina francesa, diría a su mayordomo flamenco, el marqués de Ladrada, que en asunto de gastos «todo se haga como en el tiempo de mi madre», esto es, economizando.

Tres o cuatro veces a la semana Felipe iba al campo en un carruaje para cazar gamos y conejos con una ballesta. A comienzos de la década de 1560 el rey visitaba a la reina tres veces al día: por la mañana después de misa, antes de comenzar a trabajar y por la noche. El embajador señalaba que dormían en dos camas separadas por un palmo de distancia, aunque debido a las cortinas que las cubrían parecían una sola. Felipe acudía a misa todos los días, pero solo recibía la comunión cuatro veces al año.

Su religiosidad era patente. De los cuarenta y dos libros que había junto a su cama, solo uno era de carácter profano.³⁰ «En servicio de Dios y mío» era una de sus frases preferidas. Su advocación mariana más querida parece haber sido Nuestra Señora de Monserrat, razón por la que le gustaba Cataluña (también quizá por su apego a Estefanía de Requesens). También profesaba mucho respeto a Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. Le interesaban los nombramientos episcopales y elegía con cuidado a los

designados. Casi siempre apoyaba a la Inquisición, pero pagó al doctor Martín de Azpilcueta, celebrado moralista, para que viajara a Roma a defender al arzobispo Carranza, quien en 1558 había publicado una obra sobre el catecismo considerada dudosa.

Poseía una colección impresionante de más de siete mil reliquias sagradas, entre las que se incluían doce esqueletos.³¹ Un cortesano, Agustín Nari, pensaba que Felipe era ciertamente devoto y además justo, sobrio y pacífico, pero decía que esas virtudes se tornaban al final en cinismo, severidad y avaricia por su deseo de ser el árbitro principal de la Cristiandad. Sin embargo, avaricia y cinismo no eran términos usados con propiedad en este caso.

Los confesores de Felipe solían ser hombres obesos: por ejemplo, el franciscano Bernardo de Fresneda, después obispo de Cuenca y arzobispo de Zaragoza, fue su confesor de 1553 a 1577.³² Felipe lo visitó una vez en Cuenca a su paso hacia Valencia; y después de él hubo un austero dominico, fray Diego Rodríguez de Chaves. Al igual que los confesores de Carlos V, estos solían dar su opinión sobre asuntos y cuestiones alejados de la religión, y en una ocasión Chaves censuró al arzobispo de Milán, el santo administrador Carlos Borromeo, afirmando que no había que obligar a nadie a la perfección.

Felipe prefería recibir por escrito toda la información y noticias, igual que haría en el siglo XVIII el rey Federico el Grande de Prusia. Poseía cerca de cien esculturas, la mayoría antiguas y de mármol o de bronce. Entre ellas destacaban las efigies de doce emperadores romanos en mármol blanco enviadas por el cardenal Giovanni Ricci en 1561 y doce bustos de mármol también de emperadores, obsequio del papa Pío V. Asimismo, era dueño de algunos broncees reunidos por el historiador Diego Hurtado de Mendoza, quien en 1575 legó todos sus tesoros al rey. El objeto más celebrado de la colección de Felipe era un Cristo crucificado de mármol blanco, obra de Benvenuto Cellini, que le había enviado Francesco de Médici, segundo gran duque de Toscana.³³ El rey compró algunos cuadros excelentes en los Países Bajos, entre los que se incluían algunas obras famosas del Bosco, Patinir y Roger van der Weyden, que constituyen la base de la magnífica

galería flamenca del Museo del Prado, así como de la galería escorialense. En El Escorial también había algunos cuadros impresionantes, si bien de menor categoría, sobre la batalla de San Quintín, que conmemoraban la victoria imperial.

Más importantes aún eran los tizianos que encargó al maestro en 1559, incluidos *Diana y Acteón* y *Diana y Calixto*. También había pinturas de la serie que Tiziano denominó *Poesías*.³⁴ En el momento de su muerte, Felipe poseía una colección de más de mil cuadros, además de las quinientas obras en su mayoría flamencas que había heredado.³⁵ Sheila Hale considera al monarca español «el más generoso, liberal y sensible mecenas de toda la carrera de Tiziano».³⁶ Recopiló además otras colecciones de monedas, relojes y astrolabios, armas y armaduras, siguiendo un modelo completamente desconocido entre los monarcas contemporáneos.

Felipe solía mostrarse sociable y cordial. Así, cuando en 1564 hizo su entrada oficial en Barcelona durante los carnavales, se mezcló con la gente. Deseaba librarse de la melancolía que lo había afectado durante los cuatro meses y medio que había pasado en la sombría ciudad de Monzón, donde había tenido que asistir a las Cortes de Aragón. Más tarde se trasladó a Valencia, donde hubo innumerables bailes, banquetes y torneos. Pero disentía de las ideas de su padre acerca de la conveniencia de viajar por su reino y, tras su regreso de los Países Bajos en 1558, hizo los menores desplazamientos posibles, manifestando en 1598 a su hijo y futuro heredero Felipe III que viajar por el propio reino no era útil ni decente. Probablemente estaba equivocado en su juicio, pues Carlos V, al igual que sus predecesores, los Reyes Católicos, había aprendido mucho acerca de los problemas provinciales y las personalidades alojándose en lugares insospechados.

Sus mayores enemigos no podían reprochar a Felipe ningún acto que no fuera inspirado directa o indirectamente por su sentido de la responsabilidad hacia sus súbditos. Sin embargo, como era de natural receloso, desafortunadamente no depositó su confianza en los dos hombres más inteligentes de su familia, su medio hermano, el gallardo y eficaz don Juan, y su sobrino, el brillante general Alejandro Farnesio, hijo de Margarita de Parma.

Parece también haber preferido que sus secretarios fueran gente de personalidad no muy definida, como Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli, y después Mateo Vázquez.

Su personalidad cautelosa afectó su modo de gobernar. En este sentido fue el reverso de su padre, a quien le gustaba asumir riesgos que a veces resultaban desastrosos o inútiles. Como veremos en el capítulo siguiente, Felipe cuidó con gran celo de las instituciones con las que administraba su reino, cada año más extenso. Pero al hablar de dichas instituciones debemos recordar también que, en su infancia, Felipe siempre estuvo acompañado por pájaros enjaulados y se mostraba dispuesto a hacer cualquier cosa siempre que fuera en el reino, según observaba Zúñiga.³⁷ No tenía guardaespaldas y le gustaba que se dirigieran a él como «señor» y no como «su majestad», que había sido el tratamiento preferido por su padre. Le disgustaban las corridas de toros pero nunca las condenó, a sabiendas de que en España eran una fiesta popular de creciente interés. Cuando se hallaba en Salamanca, antes de su primer matrimonio con María de Portugal, solía asistir a las clases magistrales y puede que escuchara al gran teólogo Francisco de Vitoria, padre del derecho internacional.